IMMATURA MORS: UN LUGAR COMUN EN LOS EPITAFIOS DE LOS POETAE LATINI AEVI CAROLINI

Aurelio González Ovies
Universidad de Oviedo

Carminum, quae ad nostram aetatem pervenerunt, magna pars est de hominum immatura morte;.... superstites homines praematuram vel immaturam defuncti alicuius mortem conqueruntur, quam rationem etiam in graecis titulis sepulcralibus observamus ubi "ἄωρος θάνατος " superstites parentes vel cognatos summo dolore efficit...

Así comienza Bruno Lier su comentario a los epitafios de época arcaica, donde pasa revista a toda una serie de constantes que parecen repetirse con alguna que otra variante en todos los epigramas sepulcrales, con cuya denominación titula su artículo[1]. El presente trabajo no pretende más que hacer un análisis de los epitafios recogidos en los tomos de los *Poetae Latini Aevi Carolini (P.A.C)*, y que por su temática van referidos a la *immatura mors*[2]. Trataremos de ver si este tópico literario que arranca ya de muy antiguo, convertido en fórmula unas veces, reelaborado literariamente otras, sigue manteniéndose al pie de las tumbas, con toda la gama de lo que podríamos denominar *"subtemas"*, en la Edad Media, época por otra parte, en la que el epitafio probablemente sea ya una manifestación consumada literariamente: un epitafio ideal dirigido a todas las muertes. De ello parece deducirse que los jóvenes a quienes se dirigen reyes, abades y otros personajes representativos de este tiempo, podrían ser cualquier joven atrapado tempranamente por la muerte. Es fácil advertir en nuestros epitafios que cuando la muerte llega de forma inesperada, prematuramente, se genera una circunstancia excepcional en que las leyes de la naturaleza parecen retratarse como injustas, ya que según estas mismas leyes, son los padres quienes se ven obligados a dar sepultura a sus hijos, y no al revés[3]. Es una circunstancia especial que causa un dolor y una honda impresión; la muerte es dolorosa en cualquier caso, pero cuando se trata de jóvenes en el umbral de la vida, como apuntan muchos versos, sus efectos se intensifican, dejando abatidos a todos

los que, en adelante, sobrevivirán sumidos en la más profunda tristeza[4]. Así lo expresan, *maesti*, los allegados al difunto —padres, parientes, hermanos, etc.—:

I, 1:

Roscida de lacrimis miserorum terra parentum...

IV, 8:

Ictaque sunt matris corde dolore procul.

V, 5 y ss., 9:

5, *Parvula, non parvum linquis, virguncula, luctum, Confodiens iaculo regia corda patris.*
Matris habens nomen renovas de matre dolorem.
9, *Pectore nos mesto lacrimarum fundimus amnes.*

VI, 16:

Vulnifico fodiit corda mucrone patris.

XI, 7:

Omitto lacrimans prorumpere plurima dicta.

Es tan inadmisible la pérdida de un ser querido en *tenera aetate*, en *annis iuvenilibus*[5], que su muerte hace imposible la vida de quienes, desolados, piden su propia muerte:

I, 9:

Te moriente avia iam vivere posse negavit, Illius et mortis mors tua causa fuit.

Y no sólo se duelen los más allegados al difunto sino que el lamento por la pérdida de un ser querido, en nuestro caso de un joven ser querido, como tópico, se magnifica en forma de colectivización del lamento, adquiriendo carácter universal:

I, 16:

....planctus ubique sonat.

VII, 13:

Hunc deflet Italus, contrito pectore Francus, Plorat Equitania, Germaniaque simul.

XV, 7:

Et manibus plausis flebat tunc contio praesens, Flebant et proceres nec minus ipsa cohors.

El dolor que surge de pagar tan tempranamente la deuda de la muerte es inmenso; hay clara conciencia de ello, lo saben tanto los padres como los hijos. Por ello, en muchos epitafios podemos encontrar la fórmula que intenta atenuar o detener las lágrimas, el llanto y el dolor de los que quedan[6]:

X, 15:

Sed vos, eximii, nunc exultate, parentes;

XVI, 8 y 11:

8, *Rex, nostros obitus ne doleas, petimus.*
11, *Vos nostri memores felices este, parentes.*

La muerte prematura de un hijo golpea no sólo el corazón, sino también el futuro y la esperanza de la familia; porque son siempre muchachos extraordinarios los que son arrebatados, siempre la luz del porvenir —honor, ternura y fama— de la familia:

I, 3:

Tu decus omne tuis, virgo speciosa fuisti.

VI, 35:

Hoc tibi, care decus,.....

X, 7:

...., spes alma parentum.

Son personajes inmejorables, llenos de aptitudes conmovedoras, en los que no es posible la sobriedad de epítetos:

I, 2 y 5:

2, *Haec te, gemma micans,...*
5, *Heu fueras teneris, dulcis, tam docta sub annis;*

VIII, 5 y ss:

Nobilis, placidus, bonus, omnibus aequus, nobilior meritis, sapiens, humilis, pietate repletus, ingenio fortis,...

IX, 1 y 3:

1, *nulli bonitate secundus*[7];
3, *doctor, pius, miserator,...*

X, 6, 8 y 10:

6, *Flosculus egregius;*
8, *Aureolus ramus florigerumque decus.*
10, *Dulcis eras matri, dulcidus atque patri.*

XVII, 5:

Dulcis in eloquio, verax nimiumque benignus.

Hay que decir, sin embargo, que en algún caso el epitafio dedicado a un joven se convierte simplemente en un instrumento por el que se pone de relieve la gloria familiar, la sangre noble y hazañas singulares de padres y otros antepasados. Son escasos los elogios al difunto, y las fórmulas empleadas carecen casi por completo de sentimiento. Es el caso de II y III.

Pero lo normal parece ser que con el epitafio, la más resumida biografía, se describa al joven personaje que yace bajo la lápida, y de quien no pueden hablar ni las mismas palabras, porque aquél es un ser irrepetible, único:

I, 4:

Qua non his terris gratior ulla manet.

VIII, 6:

Nobilior meritis, quam valet ore loqui;

XV, 4:

Nobilis ac genere splendidiorque fide.

El joven difunto se idealiza al ser visto como un pasado; de ahí que haya que elevarlo al rango de los sabios y los célebres (otro de los *"subtemas"* de origen ya muy antiguo). Da la impresión de que a una muerte prematura corresponde una formación precoz y prodigiosa. A propósito de esta misma idea comenta Lier en su trabajo ya citado: .... *Itaque non raro in titulis legitur, defunctum si longius vixisset, facile celeberrimum futurum fuisse*[8]. También en los epitafios de *P.A.C* los jóvenes muertos son claro ejemplo de facultades elogiables, tanto físicas como morales:

I, 5 y ss.:

..., tam docta sub annis,
Longaevi ut cuperent iam tua verba senes.
Et quae longa dies aliis praestare puellis
Vix poterat, raptim cuncta fuere tibi.

XVII, 6:

A puero semper promptus ad omne bonum.

Sus virtudes son tan superlativas como sus dotes, semejantes a las propias virtudes de la naturaleza, a las que se hace alusión muy a menudo con un elogio comparativo, presentado bajo la forma de metáfora o comparación con seres inanimados. Al difunto se le llama *lux, flos, gemma ...*, expresiones que nos llevan, por decirlo de alguna manera, más al terreno de los emblemas que de los tópicos:

VI, 2:

Pulchrior en lacte candidiorque fide.

La muerte llega en la edad florida, aniquilando retoños prometedores y tan llenos de vida como la rosa en primavera, tema tan tratado a lo largo de toda la literatura y que tan bien quedó reflejado en los cuatro poemas dedicados a las rosas y atribuidos a Floro[9]. La alusión a la rosa, y todo lo que con ella puede sobreentenderse: primavera, plenitud, verdor, etc., lleva a los autores de nuestros epitafios al ámbito de la metáfora, hundiéndose por entero en las imágenes del campo, donde mejor pueden confirmarse los acaeceres inexorables propios de la fugacidad y lo efímero. He aquí el *aculeus* de alguno de los epigramas funerarios que estudiamos: la muerte es un tiempo del destiempo. Arrasa con todas las yemas nuevas, con todos los frutos en agraz[10].

I, 17 y 18:

Gemmantem vitem decoxit saeva pruina,
Purpureamque tulit dira procella rosam.

X, 1 y ss.:

O mors crudelis, quae nulli parcere nosti,
Florida quea resecas lilia sive rosas—
Mors fera, terrigenas depascis, quomodo flores....

Y es en la flor de la juventud o en la primavera de la vida cuando el intruso paso de la muerte, acompañada siempre de adjetivos pertenecientes al mismo campo semántico: *insatiabilis, inimica, crudelis, fera, debita*[11], emprende camino en busca de sus víctimas. Esta es la realidad y la tragedia de la vida, más áspera aún cuando todo lo que estaba a punto de llegar a su plenitud, a su clímax, se ve truncado repentinamente, invirtiendo todos los papeles: el lecho nupcial por el lecho de muerte, el aplauso por el llanto, etc.

I, 11 y ss.:

Iam thalamus sponsusque tibi parabantur, et inde
Spes quoque iam nobis grata nepotis erat:
Heu mihi, pro thalamo dedimus tibi, virgo, sepulchrum,
Pro taedis miserum funeris officium.

Todo queda en nada, la vida y la gloria. No hay lugar para crecer ni amar ni sentir; no hay tiempo, sencillamente:

VI, 28:

Aurea non valuit sceptra videre patris;

IV, 9:

Excessit, patrios non conspectura triumphos.

La muerte en suma, podría ser un dolor solamente, pero el dolor más grande. Así nos lo transmiten los epitafios que hemos analizado, en los que, en definitiva, parece mantenerse el tema de la *immatura mors* con todas las desviaciones que presentaba ya en los epigramas sepulcrales en verso más antiguos. Ante la muerte de los jóvenes la imaginación de los poetas tiende a desbordarse, con el objeto de mostrar la calidad humana de aquéllos, tan precipitadamente extinguidos tal vez porque haya un poco de razón en la famosa sentencia atribuida a Menandro: *"muere joven aquél a quien los dioses aman"*.

NOTAS

(1) B. Lier, "Topica carminum sepulcralium latinarum", *Philologus*, nº 62, pp. 445-477, esp. p. 453.

(2) Los epitafios que tratan la *immatura mors* son los que pertenecen a los tomos I, II, III y IV de la colección *Monumenta Germaniae Historica*, editada por E. Duemmler-K. Strecker (*et alii*) y que a continuación se presentan, (numerados convencionalmente para que resultara más práctica su citación a lo largo de este trabajo): I. *Epitaphium Sophiae neptis*, II. *Epitaphium Rothaidis filiae Pippini regis*, III. *Epitaphium Adheleidis filiae Pippini*, IV. *Epitaphium Adeleidis filiae Karoli regis*, V. *Epitaphium Hildegardis filiae eiusdem Karoli*, VI. *Epitaphium Chlodarii pueri regis*, VII. *Ephytaphium Aggiardi*, VIII. *Epitaphium Authelmi monachi*, IX. *Epitaphium Franconis Iunioris episcopi*, X. *Epitaphium de filio Eberhardi comitis*, XI. *Epitaphium Ermenrici*, XII. *Epitaphium Walathini monachi*, XIII. *Epitaphium Danadei monachi*, XIV. *Epitaphiun Leutgaudi*, XV. *Epitaphium Lutonis*, XVI. *Epitaphium geminorum filiorum Karoli regis*, XVII. *Epitaphium Godefridi Grimoaldi IV filius*. Algunos de ellos no hacen más referencia a la *immatura mors* que la utilización de esta misma expresión.

(3) Esta misma idea puede encontrarse en muchas de las inscripciones recogidas por F. Buecheler en *Anthologia Latina*. Cf. nºs 172, 173, 174, entre otros. Las variantes son mínimas, el contenido siempre idéntico; por ejemplo:
Buech. n 173:

Quod parenti facere debuit filia, id immature filiae fecit pater.

También puede verse en: R. Lattimore, *Themes in greek and latin epitaphs*, Urbana, 1962, pp. 187-194.

(4) B. Lier, p. 456, 4.

(5) Son muchas las expresiones en nuestros epitafios que indican la "tierna edad" en que la vida del joven se ve terminada, de entre ellas las más significativas parecen ser aquellas que contienen claramente reminiscencias arcaicas: me refiero a los casos en que se alude al Orco u otros personajes míticos, en las que como bien apunta E. Galletier, *Etude sur la poésie funéraire romaine d'aprés les inscriptions*, París, 1922, pp. 44-45, da la impresión de que coexisten las creencias más opuestas: unas imaginan que las almas de los muertos se dirigen a las tinieblas de Plutón, cantadas por la poesía griega; otras, empapadas de doctrinas filosóficas, reflejan la esperanza de inmortalidad en el cielo o en los astros:
XI, 9:

Eheu quam nimium pollens cito lapsus in Orco;

XIV, 2:

Eheu qui nimium iuvenis cito lapsus in Orco;

X, 17:

Nam vester genitus cum Christo gaudet in astris.

(6) En los epigramas funerarios arcaicos es muy frecuente que aparezcan fórmulas de este tipo: *noli dolere, mater...*, *noli dolere, mamma ...*, *noli plangere mater...*, etc., junto con afirmaciones consolantes como que la muerte es reposo eterno, paz; que la muerte llega a todos, a pobres, ricos, jóvenes, reyes,..etc. Cf. Buech n. 81, 145, 146, 147, 148, 150, 1051, entre otros muchos.

(7) Cf. Buech. nº. 753, 2: ... *nulli probitate secundus.*

(8) B. Lier, p. 454, 2.

(9) Vid. J. W. Duff-A. M. Duff., *Minor Latin Poets*, London, 1968, pp. 430-433.

(10) Cf. Buech. n 465, 1490, 1543, etc.

(11) Los adjetivos se corresponden con los que aparecen en las inscripciones que presenta Buecheler, donde la muerte es también *acerba mors, inimica mors, mors invita, insatiabilis mors, mors improba*. En otros epitafios de *P.A.C.*, la muerte está disfrazada con metáforas, hay transposiciones semánticas por las que la muerte pasa a ser un *Rhodanus*, un *Iordanis* que se desborda súbitamente y arrasa con lo que se encuentra al paso. Eufemismos que no pretenden más que rebajar la crudeza del término *mors*.